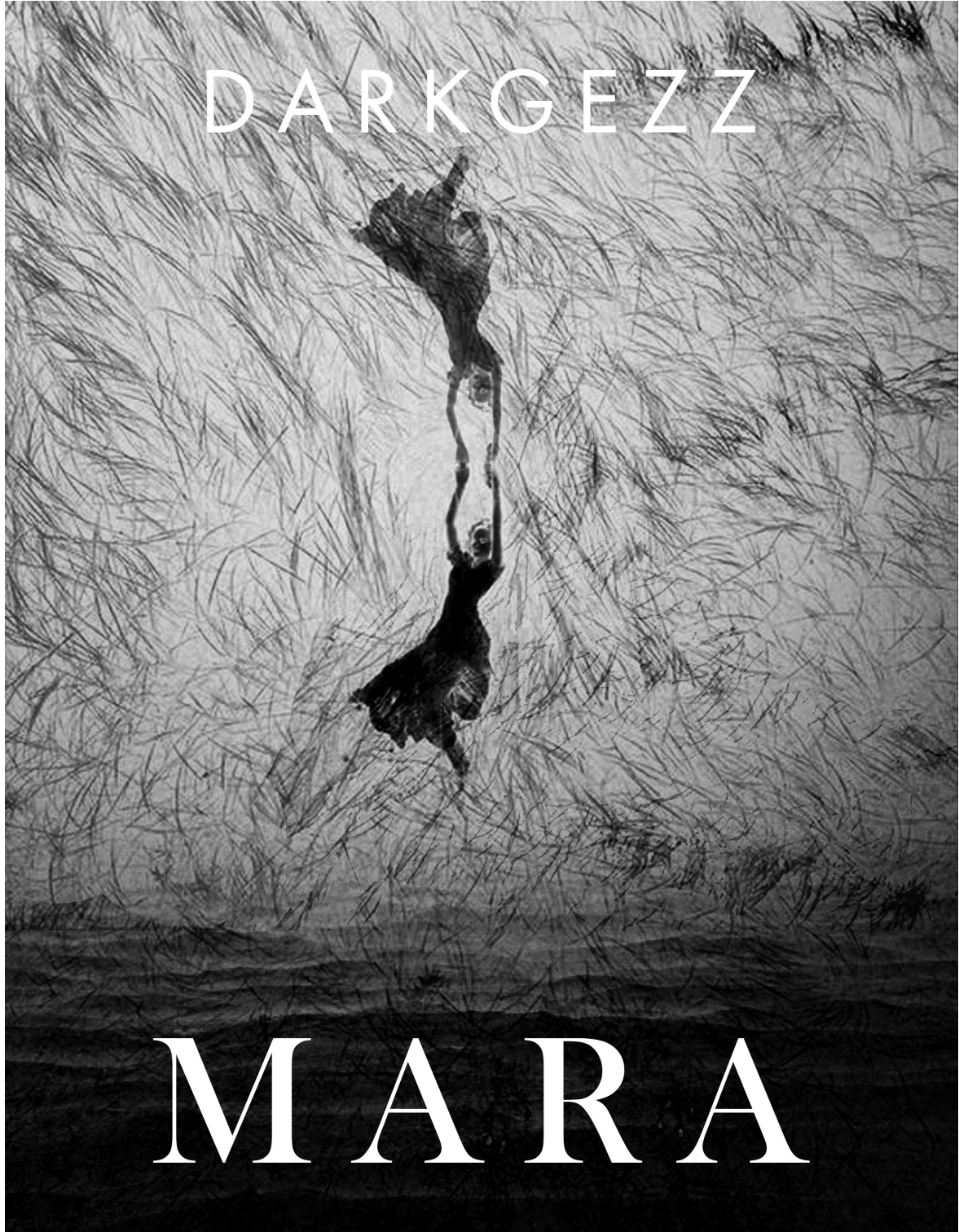


MARA

Gabriela Velázquez



Capítulo 1

Oficialmente, Mara había sido asesinada hace tres años cuando había terminado de comprar en la joyería del pueblo. Brandon, el propietario, habría jurado ante Dios y sus hijos que, cuando la joven Mara entro en su tienda aquella noche, había sido para comprar el mejor de sus anillos. Una preciosa sortija de oro con incrustaciones de diamante y obsidiana. Valía una fortuna, había comentado Brandon con el pecho lleno de orgullo; ningún hombre, por más enamorado que estuviese de su mujer, se habría tomado un segundo a meditar si su amor era lo suficiente para una joya como esa. La madre de Mara, asoleada por tan escandalosa afirmación, casi se le aventó encima al joyero al oír tan semejante estupidez. En el corazón de su hija no había lugar para hombres, mucho menos para hombres que no tuvieran el coraje de ir a pedir su mano en santo matrimonio. En eso el joyero tuvo que brindarle la razón, tal vez por compasión o una genuina creencia. En momentos así, todos necesitan algo por lo cual aferrarse y, en aquel instante, todos querían creer que la mejor de las señoritas no había sido una puta a quién le habían pagado mal.

Todos querían creer en eso, pero no era suficiente. Nadie había sido capaz de encontrar su cuerpo o el anillo. Para los habitantes era como si la joven se hubiese evaporado por la noche dejando como única muestra de su existencia un baño de sangre. Nadie podía decir a ciencia cierta si era de ella, pero al ser un pueblo pequeño, la verdad salía a relucir con facilidad. Además, no ayudaba donde se encontraba el rastro. Podía haber estado donde quiera, mas sin embargo, se encontró en el bosque y ninguna criatura que pisara aquel mundo vivía en él.

El hogar de las almas perdidas. Así le decían todos. Tan amplio y maligno que podía maldecir a quien se atrevieran a dar un paso dentro de sus aposentos. Y Mara había yacido ahí. Un hombre cargo su cuerpo somnoliento hasta lo profundo del bosque y la ató de pies y manos. Se tomo su tiempo en desnudarla con el filo de su cuchillo, explorándola mientras que, amordazada, Mara gritaba por auxilio. Por perdón. Sabía que aquella noche sería su última, pero aquello no le imploraba tanta desgracia como el tener que separase para siempre de su amor y de las promesas que habían hecho juntas. Porque sí ambas debían de vivir, vivirían juntas y, cuando el hilo fuera cortado y sus días contados, morirían una junto a la otra. Así como durante toda su vida lo habían decidido hasta aquella noche en el que el hombre, al terminar su tarea, la abandono para morir. Destrozada y desgarrada, los animales del bosque no tardarían en encontrarla y, si no fuera así, sabía que el frio de la noche se haría cargo por él. No había muchas salvaciones para una mujer como ella, excepto una que aguardaba obedientemente su turno desde lo alto

de las copas de los árboles.

Hace algunos siglos, su familia había sido víctima de la muerte injustificada de su hermana pequeña en las horas de la noche. Su hermana yacía en su cama, protegida por tras los muros del hogar que los había acobijado desde su llegada al mundo y del que aquel entonces, fue testigo de su violación. A la mañana siguiente, su madre fue la primera en encontrarla, él segundo. Su hermana de ocho años destrozada junto al crucifijo que tendría que haberla guardado, el mismo que fue testigo de su venganza.

La bestia hambrienta, comenzó a arrastrarse con velocidad por lo largo del tronco, con las manos torcidas como dos garras y la vista apuntando a su próximo engendro en el suelo hasta llegar junto a ella. El cuerpo apuñalado se mostraba frente a él, con el torso descubierto y untado de su misma sangre, así como también entre las piernas. La boca se le hizo agua cuando se agachó sobre ella, intentando no enterrar las uñas en la carne para hacerlo destilar más. Su lengua salió sin permiso de su boca, cruzando sus labios ansiosos. Se agachó un poco más hasta quedar a un latido de su cuello.

Sin embargo, antes de poder clavar los dos largos colmillos sobre la pálida piel, un quejido escapó de los labios azules de la joven que imploraba por su vida. Él llevó una de sus garras hasta su rostro e intentó consolar a la joven:

– Tranquila, niña. – Ordeno – La venganza que alguna vez fue mía ahora será tuya, sí así lo deseas. La sangre no será un obstáculo para ti nunca más. Volverás, te lo juro por Dios, que volverás y no habrá cielo o infierno que te detenga. La muerte ahora es tuya así que tómala.

La mordió. No logro calmar la sed que le había embargado segundos antes porque no había mucho de lo que fuera capaz de tomar. Tomó lo que pudo para después cederle lo que se le había concedido tiempo atrás. La mató y con ello le brindó vida. Espero hasta que los hilos de su cuerpo se entrelazaran y, cuando por fin abrió los ojos y vio los profundos carbones azules, la llevó a comer. El infierno siempre tenía hambre.

Capítulo 2

Comúnmente se decía que las desgracias siempre vienen en tres. Primero fue la señorita de las señoritas, Mara quién se cree que fue asesinada y torturada al salir de la joyería con una de las piezas más exquisitas para su amante secreto. Su madre todavía seguía aclamando su inocencia. Después la siguió Débora, de sólo siete años, su cuerpo fue encontrado en un viejo granero de un hogar abandonado. Había sido encontrada desnuda con millones de cortes sobre el cuerpo y, en sus pechos, los fantasmas circulares de lo que alguna vez habían sido sus pezones continuaban color escarlata. De la entrepierna le sobresalía una oxidada palanca. Por último, Ana. Quienes la encontraron todavía no se atrevían a hablar.

Para las mujeres, la sombra de la muerte las perseguía. Manteniéndolas amenazadas y furiosas, caminando con una vigorosidad digna del corredor de la muerte. Muchas de ellas usaban una tela sobre el rostro, algunas las ungían en agua bendita antes de salir, otras no, pero ninguna de ellas olvidaba el cuchillo en casa. Eran tiempos violentos, todos lo sabían, pero había quienes que encontraban lo último excesivo. Los hombres se sentían amenazados u ofendido con el hecho de que las mujeres buscaran la sobrevivencia por sus propias manos. Decían que una mujer con un cuchillo era una mujer indigna de tener un marido que las mantuviera y protegiera. Sin embargo, para las mujeres, los alaridos de sus hombres no eran más que eso. Al fin y al cabo, todas estaban de acuerdo en una sola cosa: todas querían vivir.

Excepto Vida.

Era la única mujer en el pueblo que no cubría su rostro con tela, además de no llevar ningún cuchillo con ella. Algunos decían que aquello se debía a que, como toda una buena mujer, su única protección era consignada a Dios y a los hombres. En cambio, otros señalaban que su comportamiento era signo total de burla para sus congéneres masculinos puesto a que era una manifestación de su ineficacia en el tema. Lamentablemente para muchos la verdad era más simple de lo que pensaban y es que Vida ya no quería vivir.

Su amada había sido arrebatada de su lado. Su amor. Su vida. El máspreciado de sus tesoros. Su Mara. Ambas se habían acompañado desde que sus madres se enteraron de que estaban embarazadas. Juntas habían crecido y aprendido como funcionaba el mundo cuando los padres de Vida fallecieron en el mar, dejándola sola y a su merced. Mara había estado ahí para consolarla, abrazándola en la cama que días después compartirían siempre cuando los padres de Mara anunciaron que las resguardarían como a su propia hija. Vida no sabía a ciencia cierta cuando fue el momento en que quedo irremediamente enamorada de ella, pero tampoco le importaba porque mientras estuviera a su lado podría vivir su

vida amándola en secreto. Hasta esa noche en que, como muchas noches, Vida se había dejado vencer por el insomnio y como consuelo se permitió observarla. Las pequitas alrededor de sus pálidas mejillas, los labios rosas, las pestañas largas que protegían sus preciosos ojos del color del océano. Su cabello rojo. Su Mara era hermosa, más hermosa que ella, más hermosa que cualquiera en el mundo y eso a Vida le encantaba. Excepto cuando todos los hombres se arremolinaban sobre ella, porque sí algo tenía claro Vida es que cualquier hombre que se atreviera a respirar cerca de una mujer así era un ser indigno. Igual o menor que un mosquito, se había encontrado farfullando Vida cuando Mara abrió los ojos y la atrapo observándola embelesada. Vida se sonrojo más no aparto la mirada, aquello, muy a su pesar, era algo común entre ellas.

– Lo haces, de nuevo – dijo Mara mientras se estiraba a un bajo el velo del sueño –. Y jamás me das explicación.

Vida se acomodó sobre su espalda, nerviosa.

– Por nada en particular.

Mara se volteó a verla, pero Vida no hizo lo mismo. En el techo, las marcas de la madera se unían y se desunían al unisonó.

–Eso es mentira.

– No, no lo es.

Mara suspiro.

– ¿Dejara de serlo si te besó? –Vida la volteo a ver con rapidez–. ¿O seguirá siendo aun así?

Un calor indescifrable le subió por el cuerpo, logrando que Vida se sintiera ebullición en vida. Sintió el estómago contraído por los nervios y de pronto, la ropa le apretaba demasiado. Había abierto ligeramente la boca sin darse cuenta, su cuerpo temblaba en cada bocanada de aire que intentaba recuperar. Mara vio eso y lo supo. Se inclinó sobre ella con lentitud y poso una mano sobre su rostro. Vida no pudo hacer más que compartir su mirada y revivir su tormento como cada vez que lo hacía. La chica con los ojos color océano, y ella la única chica que podía ahogarse en ellos. Vida suspiro, logrando que Mara sonriera.

– Si te beso me dirás la verdad, ¿cierto? –Vida asintió, ansiosa de sentir sus labios sobre ella–. Bien. No huyas de mi mañana o me enojare.

Vida quería responderle que jamás se atrevería a tal cosa, pero antes de poder capturar un poco de coraje, Mara la beso. Unió sus labios, primero sin hacer nada, hasta que de pronto, ambas bocas se movieron al

unisonó. Sus respiraciones se atoraron en sus gargantas mientras sus manos valientes se aferraban una a la otra. No te atrevas a huir. Se siguieron besando hasta que el aire hizo acto de presencia, lo necesitaban para vivir, así como ellas se necesitaban una a la otra. Ambas se miraron y luego a sus bocas. Vida fue la primera en sonreír sin creer en lo que había pasado hasta que la sonrisa se volvió una pequeña risa. Mara la miro enojada y le puso una mano sobre la boca en un intento de hacerla callar. Era muy entrada la noche y no debían hacer ruido.

– Cállate o mi madre vendrá a ver que sucede.

Vida le tomo varios segundos calmarse, cuando lo hizo poso sus ojos sobre ella. Sobre el océano y se confesó.

–Lo hago porque te amo. –Mara tomo aire de pronto –. No sólo lo hago como amigas si no como amantes. Te amo, Mara. Eres la mujer más perfecta en la vida, la mujer con la que quisiera pasar el resto de la mía, sí me lo permitieras. –de pronto le embargo una profunda tristeza, sabía que sus sentimientos estaban mal. Sabía que algún día debía casarse con un hombre y tener hijos. Sabía que algún día debía separarse de Mara –Perdón por complicar todo. Sé que no correspondes mis sentimientos y lo acepto, así como aceptaría que ya no me quisieras en tu vida después de esto. –Le sonrió– Lo aceptaría todo sí eso fuese lo que quisieses.

Mara la miró lo que pareció una eternidad, pero de su boca no salió sonido alguno. Vida no pudo con ello. Se giro sobre su espalda y se quedó viendo a la puerta mientras de sus ojos se resbalaban las lágrimas más amargas que creía que algún día podría llorar. Había sido rechazada por el amor de su vida y tendría que aprender a vivir con ello.

– Buena noche, Vida.

Vida no respondió.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, Vida huyó. No fue tan lejos ni tampoco se fue por mucho tiempo. Se levanto antes que Mara, se arregló y bajo por algo sencillo para comer. Lo guardo y salió sin rumbo fijo. Camino y camino, intentando no terminar con el agua. Llego hasta un pequeño prado en el bosque, se recostó a la sombra de un árbol y dejó que le venciera el sueño. Cuando despertó, Mara estaba sentada junto a ella escribiendo en su diario.

–Tal parece que no puedo huir de ti.

Mara poso sus ojos sobre ella y se encogió de hombros.

–Te dije que no lo hicieras.

Vida suspiro, sentándose todavía bajo la sombra del árbol. El bosque era un lugar demasiado silencioso. La gente del pueblo a menudo decía que animales que no debían caminar sobre esta tierra se reunían en él, pero a la luz de aquella tarde, a Vida le pareció hermoso. Tal vez los animales que tanto hablaban se debían a personas como ella.

–Mi mamá pidió que nos prepararan una cesta para almorzar. Piensa que nos enojamos.

–¿Eso le dijiste?

Mara sonrió, incredula.

–¿Acaso no es así?

Vida rodó los ojos.

–No estoy enojada contigo, Mara.

–Pero huiste.

Vida bufó. Aquello eran una de las pocas cosas de Mara que podían sacarla de quicio. Mara levanto una ceja aún con la sonrisa plasmada en sus labios.

–No bufes, pareces animal.

Vida tuvo suficiente. Se enoja.

–No puedo huir de ti, imbécil. – respondió, intentando calmar el enojo burbujeante de su interior – Vivo contigo, duermo contigo, despierto

contigo...

–Hoy no –susurro Mara, dolida.

Vida inmediatamente se tranquilizó.

– No podía mirarte a los ojos después de tu rechazo. Quería estar un rato sola para poder ordenar mis cosas y que, cuando te volviera a ver, fuera un poco más fácil.

Mara negó con la cabeza, dejando su cuaderno sobre la hierba, y se inclinó sobre ella.

–Jamás te rechace, Vida. –Poso sus ojos azules sobre ella – De ser así lo sabrías. Ayer sólo no sabía que decir así que no dije nada, después te quedaste dormida, pero yo seguí sin poder conciliar el sueño. No te rechace, no digas eso.

Mara cerró por un momento sus ojos. La situación la superaba.

– Entonces, ¿qué decides? ¿Me dejaras a un lado o me dejaras estar junto a ti como siempre? Somos amigas, después de todo.

Mara resoplo.

– Vida, las amigas no se besan. –Vida abrió un poco los ojos, lo suficiente para ver como la chica de los ojos océano la miraba sonriente– Y yo te quiero besar todos los días.

Vida fue testigo de cómo, poco a poco, Mara se inclinó hasta posar sus labios sobre ella. Sabía a canela y manzana, y eso la volvió loca. La besó con urgencia con una necesidad que no sabía que poseía. Poso sus manos sobre sus caderas y gimió su nombre entre suspiros. Mara besos sus labios, su cuello y sus pechos. Sus manos y las pecas de sus mejillas. Susurro su nombre con hambre y la volvió a besar. El día paso entre sus labios y tuvieron que separarse una de la otra para retomar el camino, pero esta vez ambas volvieron tomadas de las manos y así sería hasta que la muerte las tomara bajo su manto. Hasta el momento en que Vida, al filo del acantilado, estuviera lista para entregar su cuerpo a donde quiera que estuviera su amada, pero antes de siquiera poder dar el paso que la reuniría con ella unos brazos la retuvieron y la guardaron sobre el pecho en el cual se había recostado cada noche. No tenía calor. Estaba tan helada como el mismo aire que las rodeaba.

–Déjame ir, Mara. –Vida susurro en sus brazos, creyéndose loca y aún así agradeciendo su locura– ¿Acaso no ves que mi vida no tiene sentido sin ti? Quiero morir. Quiero que me trague el mar, el mismo del cual están

hechos tus ojos. Quiero ser libre, mi amor.

Mara no dijo nada, pero la abrazo con mayor fuerza. Vida entonces cayó sobre el suelo y lloró, lloro tanto que el cuerpo se le sacudía con fuerza. Lloro por el amor de su vida, por su propia vida y, aun así, en la muerte no podía ser libre sin que ella se lo permitiera. Lloro tanto que creyó que se moriría y durante todo ese tiempo, Mara la cubrió con su cuerpo. Sin decir una palabra. Fue entonces que la calma regreso a su cuerpo cuando Vida se atrevió a levantar la mirada, pero sólo se encontró a la boca que había besado cada noche, todo su demás rostro estaba cubierto por una larga capa negra como la noche.

Vida alzo una mano y la llevo hasta su mejilla, un calosfrió le subió por el cuerpo al sentir el frio de su cuerpo.

–Amor mío, estás helada.

Vida se quitó la pequeña manta del cuerpo y la rodeo con ella, sin importar que el viento la azotaba sin piedad.

–Te vas a enfermar si no te cubres, amor. Por favor. –Llevo una mano hasta su mejilla y la acaricio con el pulgar. La piel de su amada estaba tan tersa como siempre y el anhelo se coló entre sus huesos –Todos te extrañamos. ¿Hay alguna manera en que regreses?

Mara, por fin, hizo algo. Se levanto, dejando que la cobija se resbalara de sus hombros y miro al frente. Fue entonces cuando Vida entendió todo, Mara no podía regresar. Jamás lo haría. Algo dentro de ella sabía que estaba muerta y, pese a que la tenía frente a ella, sabía que seguía siendo así.

–Si no puedes regresar, entonces llévame contigo, Mara. –Tomo sus manos entre las suyas, ambas ahora heladas – No me importa el costo, menos ahora. Me tengo que casar dentro de unos meses –Mara se erizo–. ¿Recuerdas a William? Con él tengo que hacerlo. La cena ya fue celebrada, ¿acaso no entiendes mi tormento? Prometimos que, al llegar a este momento, ambas huiríamos a donde no tuviéramos que dar explicaciones. Tú ya lo hiciste, ¿así que por qué no puedo hacerlo yo? –Bufó.

Mara se inclinó un poco para verla, aunque ella no pudiera hacerlo por la capa que la cubría. Sabía que la veía con la misma certeza con la que sabía que el cielo era azul. Le sonrió.

–La capa te hace ver misteriosa, me agrada. –Le soltó las manos– Me tengo que ir, amor. Al parecer esta noche ya no buscare más la muerte,

pero no me detendré.

Quería pasar a su lado e irse, pero no pudo contenerse en tomar una de sus manos y depositar un beso en ella. No sabía si volvería a verla y quería tener un recuerdo de ella. La besó y siguió su camino, pero antes de alejarse demasiado, se detuvo:

–No sé lo que seas, Mara, pero espero que lo que sea que te haya convertido así te haya enseñado a cobrarle la vida a quién te mató. Quiero venganza, ¿entiendes? Mátao tú o lo haré yo. No me importa mancharme las manos.

Siguió su camino y Mara se quedó atrás. Sin embargo, a cada paso Vida deseó que no fuera así.

Capítulo 4

Su matrimonio estaría consumado por la noche. William se había puesto histérico y había cambiado la boda de diciembre a mayo. Cuando Vida le había preguntado por qué, William había mirado a todos lados antes de mirarla siquiera. Vida le insistió, y él respondió que un fantasma lo estaba siguiendo, que lo sentía caminar por fuera de las paredes y que cada noche, cuando se iba a dormir, un aullido rompía el silencio. Sabía que el fantasma vendría por él, por ello quería hacer su vida lo antes posible y hacerle un hijo que heredara la fortuna de su familia. Vida intento no bufar ante sus disparates, sabía que sí lo hacía él le daría una bofetada como lo había hecho en veces anteriores cuando no había testigos. Vida suspiro e intento no arrancarse el vestido de novia a tirones. No había vuelto a ver a Mara, pese a que había regresado al acantilado a buscarla cada noche con dos frazadas y chocolate caliente. Quería tenerla un momento antes de su fin, pero ella no había acudido. Ahora el tiempo se le había acabado y Vida tenía que hacerse cargo de eso. Esa noche se casaría con William y dos días después, ella amanecería muerta por ingesta de veneno. Se lo había comprado a una hermosa bruja que le había dicho que no debía preocuparse en morir porque sus días estaban contados. Vida tuvo que hacer uso de su autocontrol para no reírse en su cara.

–Es tiempo, Vida –dijo su madre, acercándose hasta ella. Desde la muerte de Mara algo se había roto dentro ella. Ahora sus preciosos ojos mar se habían opacado. –Siempre me ha encantado el contraste de tu precioso cabello negro con lo brillante de tus ojos verdes. Aquello también le encantaba a Mara –se le quebró la voz–, cada vez que regresaba de pasar toda la tarde jugando contigo, llegaba a casa y me preguntaba cual era la forma de tener tú mismo color de ojos. Ella decía: *Son perfectos, mamá. Vida es perfecta con sus ojos diamantes.*

Vida le sonrió, aunque un poco. Desde la muerte de Mara ninguna sonreía en realidad.

–Ella también era perfecta para mí.

Vida vio como se le llenaron de lágrimas sus ojos azules antes de abrazarla. Dejo que le acariciara el cabello y fingió oírla mientras le decía lo feliz que estaba por ese día. Por su destino. Al final, la mamá de William toco la puerta y le indicó que ya era el momento. Ambas salieron tomadas de las manos y, durante un breve momento, fingió que eran las manos de su hija.

La fiesta se había alargado hasta la noche, aunque muchas personas ya se estaban yendo. La noche seguía siendo peligrosa para las mujeres. No habían atrapado al asesino, así como todavía no habían atrapado al

asesino de Mara. Vida estaba harta de esa situación, pero se había cansado de pedir que lo resolvieran. Al parecer nadie tenía una explicación para su muerte, así como tampoco tenía una explicación del porque Mara había comprado un anillo de compromiso si todavía faltaba para que su compromiso estuviera acordado. Para su madre todos sus pretendientes eran insignificantes para su preciosa hija y Vida estaba de acuerdo con ello. Sin embargo, en aquella noche, mientras su esposo estaba empinándose una cerveza, ella decidió que no quería pensar en el anillo ni en Mara. La había abandonado. Se sentía sola y desechada, volviéndola irritable conforme pasaban los días.

Así que decidió dar un paseo dentro del lugar que sería su cárcel por dos noches más, pero para eso tendría que caminar hasta ella. Así que empezó. No se molestó en llevar una capa o algo que cubriera el vestido. Cruzó el pueblo, intentando caminar por donde hubiera más lodo y suciedad, espero no cruzarse a nadie y así fue. Su boda era el mayor escándalo y, pese a que muchos ya habían regresado a su hogar, la mayoría seguía celebrando su unión. Camino y camino hasta que las piernas se le acalambraron por el esfuerzo de caminar con un vestido tan largo y pesado, y miro al bosque cuando tuvo que pasar a su lado para llegar a la casona. Lo miró durante un rato con esperanza que una sombra se cerniera sobre ella, su *sombra*, pero ella no apareció así que entró.

La casa la engullo enseguida. Era hermosa, de eso no había duda, William a menudo decía que se había encargado que fuera la más hermosa para que su hijo creciera en ella con orgullo. Encendió las velas y una lámpara para que la acompañara. Lo primero que vio fue la sala, acaricio las obras de arte y las teclas del piano. Aquello le dio nostalgia a Vida, quién con el breve sonido de las teclas recordó sus tardes con Mara tocando para ellas. Continuo con la cocina, después con el estudio de su esposo. Cuando no hubiese visto nada más de su interés, subió las escaleras y vio las habitaciones una por una hasta que la que única que faltara fuera que ambos compartirían. Vida se detuvo en medio del corredor y bufó. Estuvo unos segundos parada, intentando evitar su propia habitación hasta que escucho algo en las paredes. Al principio pensó que era el silbido del viento, pero cuando volvió a sonar la sangre se le congeló. Parecían los sonidos agudos del filo de garras de algún animal al escalar el muro. Secos e interrumpidos. Parecía que cualquiera que cosa que estuviese haciendo aquel sonido estuviera analizando su propia ubicación. Vida tragó aire. *¿Acaso había regresado por ella?*

Sin pensarlo dos veces, Vida corrió hasta donde había provenido el sonido y entro a su habitación. En ella había tan sólo una lámpara, la cama y un pequeño mueble donde pudiesen dejar sus cosas, pero nada o nadie que pudiese crear aquello. Fue hasta la ventana e intento abrirla, pero la tela de su vestido estaba tan ajustado que tuvo que dar de sí antes de poder siquiera alzar el brazo completamente. Vida sintió como la sangre se le ha galopaba en sus venas mientras con todas sus fuerzas intentaba abrir la

ventana sin éxito. Estuvo a punto de rendirse cuando, de pronto, algo rompió el silencio. Parecía un aullido, pero los lobos no bajaban hasta el pueblo. *¿Acaso Mara la llamaba?* Los ojos se le llenaron de lagrimas de desesperación y esperanza, tanta que dejó de importarle todo lo demás y empezó a usar sus propios puños contra el cristal. Pego y pego hasta que sintió como los huesos se le trituraban, pero no se contuvo.

—¡Mara! —gritó a la ventana — ¡Mi amor, llévame contigo!

Pronto el cristal empezó a formar fisuras en los bordes hasta que, como telarañas, alcanzaron el centro. Vida siguió, dejando rastro de su sangre en cada impacto.

— ¡Mara!

Sin embargo, algo sonó detrás de ella.

— ¿Vida? —sonó la voz de William subiendo por las escaleras— ¿estas bien?

Vida se detuvo con el pecho subiendo y bajando del cansancio. A su alrededor, todo había perdido forma, excepto por el hoyo que tenía la ventana. Lo estaba logrando.

—¿Mara?

William apareció en el umbral de la habitación. Seguía vestido con el traje ceremonial. Vida jamás sintió tanto asco como en ese momento. Intento serenarse, pero fallo.

—William.

William miró la ventana y después a ella, tenía los nudillos a carne viva y del brazo le sobresalía un pedazo de cristal. El semblante preocupado que tenía hace un segundo se transformó a una rabia iracunda que terminó de helar la sangre de Vida. Dio un paso atrás, chocando con la ventana.

—William, ¿qué haces...?

William la tomó de los hombros con fuerza. Vida ahogó un quejido.

—Mara. —Escupió William con burla, enterrándole las uñas en su piel— Mara, Mara, Mara. Siempre llamas a esa maldita perra. ¿Cuántas veces tengo que matarla para que dejes de necesitarla? —la zarandeó— ¡Dime!

Vida no reaccionó. *¿William la había matado? ¿Por qué?* Pronto la confusión se hizo camino en su interior, pero no tardó mucho hasta que algo que Vida no pudo descifrar se iniciara. Se sentía como un bosque, un

bosque en llamas. Vida lo empujó lejos de ella, cerrando los nudillos en espera de lo que se venía.

—¿Por qué? —se acercó hasta donde estaba él, negando con la cabeza. Sentía la bilis subiéndole por la garganta—. Mas bien, ¿cómo te atreviste a hacer eso?

William río.

—¿Por qué? —saco algo de su saco— Con gusto te lo dire. El día que iba a pedir tu mano en matrimonio no fui directo a tu casa, si no al bosque a practicar mis líneas. Quería que todo fuera perfecto hasta que las vi. —William la apunto con un cuchillo. Vida no le dio el gusto de retroceder— Esa maldita bruja estaba encima de ti, besándote, tocándote. Esa maldita bruja estaba tocando lo que era mío y lo volvía profano. ¿Quieres saber que era lo peor? Es que antes que pudiera ir a salvarte, tú gemiste. —William soltó una carcajada, acercándose un poco más hasta que Vida sentía el filo en el abdomen— ¡Gemiste como una puta! Yo iba a ir a salvarte y así me agradeciste, por eso tuve que matarla. Ahora lo que haremos será lo siguiente, tendrás a mi hijo y después te matare.

Vida alzo una ceja. Sabía que sus probabilidades de salir ilesa eran bajas, pero no le importaba. Si iba a morir tenía que llevarse al demonio con ella, y para eso tendría que utilizar el cristal en su brazo. Sólo tenía una oportunidad así que debía que hacerlo bien. Sonrió.

—Recuerdo ese día —dio un paso adelante, permitiendo que el filo se le incrustara un poco más—, Mara me hizo suya como siempre lo hacía cuando teníamos tiempo de escapar de nuestras obligaciones, y después tocó el piano para mí mientras cenaba frente a la puesta de sol. *¿No te parece romántico?*

William hizo una mueca de asco antes de abalanzarse sobre ella. Vida soltó un grito gutural cuando el cuchillo se le enterró en el abdomen, pero no cesó. Aruño el rostro de William con todas sus fuerzas, sintiendo como la piel desprendida se le quedaba bajo estas. Golpeo y, aprovechando el estado alcohólico del hombre, lo empujó con las fuerzas que le quedaban para después abalanzarse sobre él aun en el suelo.

—¡Quítate de encima! —bramó el hombre.

Vida carcajeo, sintiendo las primeras gotas de sangre en el paladar.

—¿Acaso creías que quedarías vivo después de lo que hiciste? —Se quito el cristal del brazo, logrando que de la herida brotara un río de sangre— Nadie, absolutamente nadie toca a mi mujer y vive para contarlo.

Hundió el cristal a lo largo de la garganta de William, abriéndola de par en par. El hombre todavía mareado, sintió la falta de aire e intentó cubrirlo rápidamente con las manos, pero la sangre no dejaba de salir manchándolos en el camino. Vida se inclinó sobre él, haciendo una mueca cuando el filo acarició su interior nuevamente.

—Nos vemos en el infierno, *esposo*.

Capítulo 5

Las sombras la embargaban. La envolvían y la consumían, pero Vida no sabía si aquellas sombras le pertenecían a su amada. Mujer o monstruo, no le importaba. Siguió caminando, aunque sentía los pies cargados de plomo. Camino y cruzo el pueblo hasta llegar al acantilado donde pudo desfallecer entre la hierba. Vida cerró los ojos e intento llenar por última vez de aire sus pesados pulmones. Lo había matado y con ello había obtenido su venganza. Para su alivio sabía que no debía preocuparse por el cuerpo, pronto no quedaría nada de ambos para buscar, excepto si ella venía. Excepto si la reclamaba o de lo contrario su cuerpo sería de alimento para ellos, para las sombras que se abalanzaron sobre William en el momento en que ella les indico como un amo a sus perros. Todavía escuchaba el sonido escalofriante de los lengüetazos, de la piel siendo arrancada del hueso y de las risitas compartidas.

Tenía frio. La sangre salía por borbotones de su herida, manchando su blanco y largo vestido. Pronto moriría, Vida lo sabía, pero eso no significaba que no tuviera miedo de hacerlo.

– Lo has matado.

Si en aquel momento, algún habitante se hubiese asomado a ver a lo alto del acantilado, a la mañana siguiente hubiese jurado ante Dios de haber presenciado a una bestia de negro cerniéndose sobre una mujer de blanco. Vida sonrió, ignorando el látigo de alivio que empezaba a formársele en el pecho, y se recostó sobre su hombro.

–Te dije que lo haría.

Mara río.

– No, me dijiste que lo hiciera o que lo harías tú. –Tomo sus manos entre las de ellas. Intentando no ceder ante la sed qué brincaba desde lo profundo de su vacío, beso su frente sudorosa –No es lo mismo, mi amor, pero eso no importa. Está hecho. –Le dio un suave apretón– Perdón por tardar tanto, tenía miedo de que decidieras que lo que restaba de mí no fuera lo suficiente bueno para amarlo. La venganza nunca me importó. Sólo tú.

Vida intento replicar, pero la fatiga la abrumaba. Sentía como si jamás, durante toda su vida, hubiese dormido. El frio de hace un momento era cosa del pasado. Un rastro antiguo de vida.

– Sólo un minuto más, Vida. –Mara la recostó sobre la hierba, asegurándose de dejar el camino libre a su cuello. Sentía el cuerpo temblándole de expectación como en las primeras veces – Y la muerte

será tuya para siempre. –Vida soltó un gorgoteó– Así como yo he sido tuya desde el inicio de los tiempos.

Mara se inclinó sobre ella, tanto que lo único que las separaba era un suspiro.

–Y si hubiera algo más allá del calvario infinito—continuó—, todo lo quedase de mí te pertenecería. Todo lo que alguna vez fui y seré, reunido en el mismo lugar de donde ambas provenimos –Tomo su cuello con delicadeza–. No temas, mi vida.

La mordió, y bebió de ella como sólo una amante puede. Bebió y bebió, y cuando lo hizo una parte de su futuro se le fue vislumbrado. Algún día se casarían con el mismo anillo en que tres años atrás le había comprado. Ambas tendrían una vida hecha y vivirían en un castillo lleno de ventanas que se alzaba hasta el cielo con carruajes que no eran jalados con caballos. Una vida de recuerdos. Una vida llena de momentos. Vidas unidas por la muerte eterna y selladas por el amor que ambas compartían. Mara la soltó, acomodó a Vida sobre su regazo y mientras esperaba que abriera los ojos, le acarició el cabello. Ambas no sintieron el paso del tiempo puesto a que aquello ya no era necesario, pero cuando Vida se arremolinó entre los primeros hilos de la muerte, Mara sintió que todo se detenía.

–Mara —susurro *su* Vida

Y con ello su corazón frío y muerto en su interior se calentó, y cuando fue el turno de abrir sus preciosos ojos diamantes, Mara sonrió. Sin percatarse de las gotas rojas que se corrían por su rostro, la besó. El primer beso de toda la eternidad.

El infierno había terminado.